

**Nota sobre la visión del mundo y la ideología cesarista en el
Breve compendio de la Sphera de Martín Cortés (Sevilla 1545)**

Vicent Josep Escartí
Universitat de València

1. Martín Cortés y el *Breve compendio de la sphaera*

Sabemos que Martín Cortés de Albacar¹ nació en Bujaraloz, en el reino de Aragón, aunque todavía se desconoce la fecha exacta de su nacimiento. Sin embargo, parece claro que era descendiente de una familia noble y que lo encontramos viviendo en Cádiz desde antes de 1530: allí pasó, pues, la mayor parte de su vida ya que moriría en 1582. En esta ciudad andaluza se dedicó a la enseñanza: en especial, explicaba a los pilotos aspectos de la ciencia y la técnica de navegar guiados por las estrellas. Seguramente a causa de esta actividad docente redactó el *Breve compendio de la Sphera*, publicado en Sevilla por primera vez en 1545,² uno de los textos de navegación más importantes de la península Ibérica en el siglo XVI, el cual, como en el caso de el *Arte de navegar*, de Pedro de Medina (publicado en Valladolid, en 1545), llegó a conocer numerosas traducciones al inglés y tuvo una larga vigencia en Inglaterra, siendo, además, modelo de futuros tratados de navegar escritos en el resto de Europa.

Como han destacado algunos autores, la obra de Martín Cortés resalta en el panorama europeo de la época por sus teorías sobre el magnetismo terrestre. En este sentido, González González (1992, 76) ha dicho:

El problema de la declinación de la aguja había sido ignorado por Fernández de Enciso y negado por Pedro de Medina. Solamente Francisco Faleiro le dedicó a este tema un capítulo de su *Tratado del sphaera y del arte de marear*. Martín Cortés fue más allá, pues, además de estudiar la declinación magnética y sus variaciones, llegó a enunciar un concepto de polo magnético que él llamó “punto atractivo”. Al tratar este tema, Martín Cortés se convirtió en uno de los pocos autores de su época que aportaron alguna idea original a la solución de un problema, cuya existencia todavía era puesta en duda por una parte de los autores.

Así mismo, y como se ha dicho en otro lugar (López Piñero *et al.* 260):

El presente trabajo se incluye en el marco del proyecto HUM2005-06110-C02-01 del Ministerio de Educación y Ciencia, dirigido por Albert Hauf, de la Universitat de València.

¹ Contienen información sobre Martín Cortés de Albacar, entre otros, los siguientes trabajos: Cortés 1945, López Piñero 1979a y 1979b, López Piñero *et al.*, Cuesta Domingo Cortés 1991), González González 1992, 74-78; 1997, y Escartí 2003a.

² La mejor edición moderna de la obra de Cortés es la realizada por Cuesta Domingo 1991.

Otro problema importante estudiado por Cortés era el que afectaba a los pilotos que navegaban utilizando observaciones astronómicas, cuando tenían que situar el rumbo y la distancia en el cuadrículado de latitudes y longitudes de sus cartas. Afirma que los cartógrafos tenían que enfrentarse con las dificultades que planteaban los meridianos paralelos, espaciándolos correctamente, no en la escala ecuatorial, sino aproximadamente a nivel de la latitud 37° N del cabo de San Vicente. Intentó evitar los errores con una extensa tabla de la verdadera extensión del grado en cada latitud.

Muy posiblemente, aquellas novedades que Cortés tuvo en cuenta y la claridad expositiva de su libro, le valieron que su obra fuese reeditada en varias ocasiones, en Burgos y nuevamente en Sevilla, en 1556, y que fuese traducido al inglés y editado en esta lengua al menos nueve veces más: Londres, Jugge, 1561, 1572, 1579, 1584; Londres, Geffes, 1589; Londres, Allde, 1596; Londres, Kingston, 1609; Londres, Stansby, 1615 y Londres, Fawcet, 1630 (Palau y Dulcet IV, 147-148). Además, la obra de Cortés influiría sobre tratadistas náuticos como William Bourne en su *A regiment of the sea*, publicado en 1574 (González González 78) o el holandés Michel Coignet; pero también sobre otros teóricos estudiosos de cuestiones como el magnetismo terrestre (López Piñero 1979b, 203).

En palabras de López Piñero, los trabajos de Pedro de Medina y de Martín Cortés,

iniciaron una época radicalmente distinta en la historia de la literatura náutica, superando el nivel de “recetario” práctico o de manual escolar propio de los textos anteriores. Tanto por la altura científica como por su contenido, como por su estructura y extensión, son, en efecto, auténticos tratados sistemáticos del arte de navegar. (1979b, 200)

Martín Cortés, pues, con su obra, se nos presenta en la historia de la náutica como un tratadista avanzado a su tiempo y que consiguió un gran ascendente sobre algunas obras importantes que se publicaron con posterioridad a su *Breve compendio de la sphaera...* Aunque no será por esto por lo que nos interesará aquí.

2. Del abismo al orden: una *imago mundi*

Sin lugar a dudas, el Renacimiento, entre otras cosas, había traído el ansia de saber, la voluntad de investigar, el deseo de poder explicar las cosas, de conocer. También ésto, en algunos casos, había sido del todo pernicioso: la búsqueda del conocimiento había llevado a algunos hombres a apartarse del camino de Dios, a los ojos de una Iglesia celosa de sus privilegios. Pero aquello fue en el peor de los casos.

Mientras tanto, técnicas y ciencias como la medicina, la farmacia, la química, la pintura o la mecánica –especialmente aplicada a las armas– habían avanzado y tomaban un camino decidido hacia el empirismo. También la cosmografía y la náutica –el arte de

navegar– se hallaban en esta misma dirección. Se había descubierto un Nuevo Mundo –América– y los horizontes se habían ampliado. La navegación era uno de los pilares para controlar las nuevas posibilidades que se abrían para los estados europeos, y no estaba exenta de problemas.³

De hecho, para el hombre medieval el mundo no era más que un pequeño territorio conocido. Cada hombre conocía el suyo y poco más. Porqué más allá estaba el *límite*, la oscuridad y el abismo. Esto era así en el imaginario colectivo y así lo vemos representado en muchos planos de la época. El Mediterráneo, centro del mundo desde los romanos, pero ya conocido anteriormente por los griegos, los fenicios y los cartagineses, acababa en las Columnas de Hércules. Más allá del *Finisterrae* ya empezaba la Mar Océana, tenebrosa e incierta. La isla de Hibernia –Irlanda– y la misma Gran Bretaña, tenían unos confines difusos. Los vikingos y los pueblos del norte, aunque hubiesen llegado a América –a la América aun sin nombre y sin descubrir para la civilización europea occidental–, no habían sabido comunicarlo, o no le habían visto ningún provecho. Europa –la Europa desde Londres a Granada– era una especie de isla situada en un entorno oscuro y hostil: por el sur, el Islam ya era una amenaza; por el este, lejanos, los pueblos asiáticos resultaban fascinantes pero igualmente desconocidos. Sólo el veneciano Marco Polo se había atrevido a adentrarse en busca del Catay: pero pasando terribles pruebas.

Para la mentalidad de un hombre del XVI había de resultar, pues, peligroso salir de las tierras conocidas, a través de los desiertos o a través del mar. Sin embargo, la voluntad de saber y de conocer y, sobre todo, a partir de un determinado momento, la voluntad de conquistar, llevaría a nuevas y arriesgadas exploraciones. Portugal y Castilla, situadas ambas en el borde mismo del abismo y beneficiarias de los descubrimientos de la Europa más culta y del mundo islámico prácticamente instalado aún en sus propias tierras, serían las pioneras, a finales del siglo XV. Las Canarias, las Azores, las Madeira y diversos puntos de las costas occidentales africanas serían el primer paso.

Pero estos avances en las conquistas y en el conocimiento del entorno geográfico descansaban aun sobre leyendas y mitos, en muchos casos. La propia idea de “descubrimiento” era algo que iba formándose.⁴ Y sólo algún libro de viajes más “práctico” circulaba entre aquellos navegantes, marinos, cosmógrafos y conquistadores. Sin duda, el de Marco Polo era uno: conoció una edición sevillana en 1503, por ejemplo, publicada bajo el título de *Cosmographía breve introductoria, en el libro de Marco Paulo. El libro del famoso Marco Paulo, veneciano*. Un detalle que nos debe hacer pensar en cómo la “bibliografía” ayudaba a la experiencia y en cómo ésta servía, después, a aquélla.

Pero aquellos primeros viajes de finales del siglo XV y principios del XVI aún se situaban en el resbaladizo terreno de lo desconocido: a caballo entre lo fantástico y lo deseado. La famosísima expedición de Cristóbal Colón a la futura América no es más

³ Sobre la navegación en el siglo XVI, conviene consultar, entre otros, los trabajos de Toscano, Vas-Navarro y Sandman.

⁴ Sobre la idea de “descubrimiento” y sobre la revolución “científica” y técnica que lo acompañó, se pueden consultar, entre otros, los escritos de Bueno y Smith.

que una quimera hecha realidad, y sólo a medias, pues en realidad los navegantes iban a China.⁵ Sólo el azar de los vientos, una real tenacidad y la gran pericia de los marinos de aquella expedición en el arte de navegar, hicieron que aquel sueño no fracasara. Pero muy seguramente, la idea de llegar a Catay por occidente no era nueva ni original: Colón, de hecho, había intentado “vender” su proyecto a otras monarquías, antes de recabar en la corte de Fernando de Aragón y su esposa, Isabel de Castilla. Pero tal vez sólo en un ámbito próximo al del conquistador rey Fernando de Aragón –conquistador de las Canarias– y la guerrera reina Isabel –conquistadora, junto a su esposo, de Granada–, el “descabellado” sueño del marino genovés podía encontrar una acogida favorable. Después, el viaje llegó a buen puerto. Y consiguió regresar aquella expedición cargada de riquezas y exotismos. En cualquier punto del océano Atlántico Colón y los suyos podrían haber naufragado y la historia, a ciencia cierta, no habría sido la misma. Otro hombre, otro aventurero, otro navegante, lo habría intentado, unos meses, unos años, unas décadas o unos siglos después. Pero ocurrió en 1492, y ésta es la fecha que cuenta.

Las nuevas tierras descubiertas en el Occidente del mundo iban a abrir todo un sinfín de posibilidades. Desde las puramente militares y de expansión territorial para Castilla y Portugal, hasta otras más benéficas, como las comerciales o las científicas. El Nuevo Mundo, aún sin nombre propio o llamado con circunloquios más o menos felices y más o menos ajustados, pedía a gritos su exploración, su “sistematización”, su estudio, su racionalización. Todo *allí* sería “nuevo”. Y para llegar a aquellas tierras, el arte de navegar necesitaba de nuevos instrumentos, de nuevos conocimientos aplicados a la experiencia. De navegar con miedo a caer en el abismo, la humanidad pasaba a querer navegar con aplomo, con precisión, con claridad en el rumbo. A este intento vendrá a sumarse la obra del cosmógrafo Martín Cortés.

Y en aquella obra teórica se trataba de poner en orden el mundo: *todo* el mundo.⁶ De hecho, el hombre, para Cortés, como para otros pensadores del Renacimiento, lo había de saber todo: “El hombre por conocimiento es todo y todo lo conoce, y ninguna cosa le es ignota y oculta.” (IX v).⁷ El mundo, por otra parte, “es compuesto de cosas visibles, más investigables” (IX v). Y conviene retener la palabra *investigables*, pues pone en evidencia la voluntad cognitiva del autor y de su voluntad racionalizadora:

Según el philosopho, la tierra es el punto de enmedio, que se dize centro, al qual dan el más baxo lugar. A la tierra cerca el agua, y ocupa el segundo lugar. El ayre el tercero. El fuego está en la parte más alta que los otros elementos y es de saber que el agua tiene dos superficies: una que se dize cóncava y otra convexa. Una escudilla, llamáis lo de dentro parte cóncava, la

⁵ La bibliografía sobre Colón es inmensa, pero puede resultar esclarecedora la lectura del texto de Verlinden & Pérez-Embid.

⁶ Una aproximación a la imagen del mundo cartografiado en aquel tiempo puede verse, entre otros, en VV.AA.

⁷ Cito, a partir de ahora, por la edición facsímil de Cortés 1997.

de fuera se llama convexa. Quanto a la cóncava, el agua cerca a la tierra dexando descubierta a aquella parte que para respiración y vida de los hombres y otros animales es menester; acerca de lo qual algunos piensan que'l mar océano es más alto que la tierra, y preguntan por qué causa no cubre el mar a la tierra y la tierra toda no se hunde en el agua. (XI r)

Pero ante una pregunta como ésta, la capacidad “científica” de nuestro autor queda inerme, y ha de contestar que aquel inexplicable fenómeno es fruto de “la voluntad de Dios, que es potíssima causa sufficiente y bastante” (XI v). La religión limitaba, ciertamente, el estudio, pero también podía dar respuesta a aquello que no se sabía con certeza.

Por este camino y tras haber dividido el mundo, el cosmógrafo Martín Cortés seguirá describiendo el orden, la propiedad de los elementos y los cielos, la inmutabilidad de la tierra, su redondez y los movimientos de los cielos y de los elementos. Pasará después a dividir la “sphaera” en partes *formales* –en su propia terminología. Encontraremos el círculo equinoccial, el del zodiaco, los círculos coluros, el círculo meridano, el del horizonte, los cuatro círculos menores, las cinco zonas. La “sphaera” será analizada viendo su longitud y su latitud, y la Tierra contará, además, con siete climas. Toda esta “división” irá acompañada de tablas y dibujos ilustrativos para hacer más fácil la comprensión del lector y, aún, con unas brevísimas nociones de conceptos básicos “que se suponen saber para esta sciencia” (IX r-XXVI v).

Pero aquella división e interpretación del mundo propuesta por Cortés, si bien satisfacía la parte digamos *teórica* del conocimiento, no era suficiente para la práctica de la navegación. Por ello Cortés redactó la *Segunda parte* y la *Tercera parte* de su obra. Y ello, a pesar que Martín Cortés, según parece, no era experto en la navegación (Cuesta Domingo).

Pero, a pesar de esto, Cortés supo explicar de manera fácil los secretos del arte de navegar, de una forma muy didáctica para su tiempo. Así, va paso a paso, y afirma, al comenzar la *Segunda parte*: “Sumariamente diximos del sol y de los otros cielos; mas porque ha de ser el sol nuestra señal y gobierno para la navegación que pretendemos, es necessario declarar puntual y especificadamente su camino” (XXVII r). Pero el navegante también precisa de señales en la noche, por ello, indica Cortés:

Tractaremos de la luna, que es el segundo luminar, aunque en orden a los cielos es a nos primero que todos los otros planetas y estrellas. La luna es un cuerpo redondo de substancia celestial opaco que no tiene propria lumbre, mas es apto de la recibir. (XXXIII r)

Ambos astros, pues, son importantes para determinar la navegación. Y así, después de hablar del tiempo y de la forma de medirlo a partir de la posición del sol y de la luna, y de explicarlo todo detalladamente con gráficos y tablas, Cortés pasa a hablar al lector de la “composición y uso de un instrumento horario nocturno general”, que aparece

también reproducido (LII v). Anteriormente ya nos había propuesto un instrumento semejante para el día: “un relox diurno univeral”, concebido “para saber las horas del día mediante los rayos del sol” (XLVI r). Pero la luna, con todo, se nos aparece como un elemento más importante en la navegación: influye en las mareas, las rige. Y las mareas son otro factor a tener en cuenta, y de los más importantes. Por esto Martín Cortés no ahorra palabras para advertir a los incautos:

Grande cuenta deven tener los pilotos y marineros con las mareas para tomar puerto, entrar por barra, pasar por baxos y finalmente para toda la navegación, porque de ignorar esto se les podrían seguir grandes daños e inconvenientes, como sucedió al bueno y valeroso don Juan de Guzmán, conde de Niebla, año de 1436, que murió ahogado sobre la ciudad de Gibraltar, por no tener los marineros cuenta ni razón con las mareas, y juntamente con el dicho conde acabaron muchos cavalleros y capitanes d'esta nuestra España. (LIII r-v)

Ahora bien, si las mareas entrañan un riesgo evidente, más peligrosas son las tempestades. Por eso los dos últimos capítulos de la *Segunda parte* están destinados a hablar “de algunas señales que pronostican tempestad o bonança” (LV r-LIX r). Explicaciones más o menos extrañas a nuestros ojos se suceden para intentar dar “señales” ciertas al marinero y Cortés dedica no pocas páginas a hablar de “la exalación relumbrante que parece en las tempestades a que los marineros llaman *santelmo*.” Pero veamos qué fenómeno es éste y como lo explica el autor:

La ignorancia es madre de los errores, por tanto, no dexaré de dezir la causa natural, aunque por algunos simples es tenuta por milagrosa, y es que aviendo tormenta en la mar, los marineros veen lumbre y resplandor. Arrodiñanse, lloran, llaman y porfían que es san Telmo y que les apareció san Telmo. No contentos con ésto, juran que han visto caer gotas de cera verde. Otros afirman que esta cera es de tanto calor, que aunque cae de la gabia derrite la brea o pez de la puente de la nao, y otros semejantes desatinos. Por tanto, será bien que brevemente hablemos sobre esto porque pongamos algún silencio a ignorantes porfiados. (LVII r-v)

Y así intenta, como veremos, deshacer aquella superstición:

Sepan que aquella luz o lumbres que veen engendra el humo de su nao, del calor de la gente encogida en pequeño lugar, y quando se levanta tormenta espésase este humo, reprímese y abaxase por huyr de los vientos, y andando a un lado y a otro, con el movimiento, se enciende y a vezes topa en el entena, a vezes en la gabia, otras en popa y también se mueve hazia proa, de manera que ver esta lumbre o parescer es cosa natural y no sobrenatural. Al

capitán Bezerra acaesció, estando el armada cesárea sobre Corrón, con su compañía de soldados, ovo tormenta y pareció en ella ésto que dizen *santelmo*. Sucedió que este resplandor descendió a parte que el capitán pudo llegar de ligero, y queriendo con la capa tomar la lumbre, resultó que era una gota pequeña de agua, o taroz que los de la mar veen en tiempo de calma en verano, y cesó de más parescer *santelmo*. El capitán quedó corrido de la burla y los hombres de la mar entendieron no ser milagro. (LVIII r)

Pero si así se ponía en evidencia lo falso de la naturaleza sobrenatural del fenómeno, aún quedaba, a los ojos de Martín Cortés, explicar, de manera racional, el origen del nombre de dicha manifestación misteriosa:

La opinión de los marineros que se acuestan a dezir qué es *santelmo*, pudo ser que tomase principio desde sant Erasmo, obispo de Nápoles, el qual no sólo despues de muerto, mas en vida, ayudó a los marineros que le pedían socorro en las tormentas. Este nombre de Erasmo dizen los de Nápoles Eremo, y por discurso de días, quitada una *e* por síncope, ha quedado en el nombre de *santermo*. Los españoles que jamás saben guardar vocablo ageno o extranjero le llaman satelmo, la *r* convirtiendola en *l*. D'este *santelmo* que los marineros dizen, ni ay escriptura que hable ni autoridad que lo confirme. (LVIII r-v)

Se trataba, en definitiva, de usar la filología como camino justificativo –en este caso, al revés– de una determinada hipótesis. Una operación que no era ajena a otros escritores y eruditos del momento y que había ganado seguidores a partir de los modelos humanistas y erasmistas que gozaban de una relativa popularidad en tierras peninsulares.⁸

Y aún le queda un cierto humor, una cierta ironía, a Cortés, para querer rematar su argumentación contra la superchería:

Quédanos a responder a una réplica de los marineros que dizen que jamás hombre vee esta claridad que no escape del peligro. A esto digo que muchos pueden ver y veen las lumbres y peligran y se ahogan; y con esto, no ay quien lo diga: que si los ahogados hablassen, dirían averla visto! Deve el sabio christiano marinerero traher la consciencia limpia de males, invocar el auxilio de Dios y de su bendita Madre, llamar los santos, poner los ojos en el cielo y dezir con el propheta: “*Salvum me fac Deus, quoniam intraverunt*

⁸ Este método tenía sus ventajas cuando los usuarios del mismo conocían bien el latín, el griego o las lenguas orientales. Sin embargo, daba frutos del todo descabellados cuando los “eruditos” no conocían bien las lenguas que habían originado los topónimos o, más aún, cuando los inventaban o amoldaban a su gusto. Lo mismo hizo el humanista valenciano Beuter, al dar una fabulosa explicación del origen de la palabra *Valencia*, equivalente a *Roma* (Escartí 1998, 20)

aque usque ad animam meam. (LIXr)

El mundo y sus divisiones teóricas, los mares, los océanos, el sol, la luna y otros fenómenos que poblaban el piélago, habían sido traídos a colación ya. Y en la *Tercera parte*, Martín Cortés pretende enseñar a navegar al lector, darle consejos e instrumentos precisos: le habla de los vientos y sus nombres, que precisamente da, por lo que al Mediterráneo se refiere, en catalán, la lengua hablada en todos los territorios con mar en la Corona de Aragón: “Tramontana, gregal, levant, siroch, mijorno, leveig, ponent y mestre” (LXI v). También explica cómo se compone una “carta de marear” y da algunos ejemplos de ellas, uno de los cuales (LXVII r) representa una imagen realmente próxima del Atlántico, desde el ecuador hasta casi el polo norte. Pero también vale la pena reseñar cómo, en llegando a este punto, el cosmógrafo afirma que “viniendo al fin deseado, que es la navegación, con el qual intento començé esta obra, digo que navegar no es otra cosa sino caminar sobre las aguas de un lugar a otro” (LXI v).

Esta constatación será fundamental en el posterior desarrollo de la obra, que ya no se aparta del fin concreto: viajar, enseñar a cruzar mares y océanos. Por ello Cortés explica las propiedades de la “piedra ymán”, que “haze al fierro que se mueva”, y explica las diversas clases de este mineral y dónde se le puede hallar (LXIX r). Con aquellas piedras se habría de construir la brújula o “aguja de navegar”, y Martín Cortés nos enseñará su uso, y en especial el “nordestear” y el “noruestear” de aquellas brújulas. Con esto tendremos “la guía, que es el aguja”. Se adentrará así, Cortés, “en el camino, que es la navegación, que como diximos, navegar es caminar por el agua de un lugar a otro” (LXXIII r).

El arte de la navegación es visto desde la experiencia práctica formulada desde la teoría y, en especial, a partir del uso del astrolabio. Con este instrumento, que también es descrito para poderlo fabricar el navegante (LXXV v-LXVIII r), Cortés quería dar al marino referencias seguras para orientarse en el mar. Los últimos capítulos de la *Tercera parte* de la obra así lo prueban (LXXVIII r-XCIII r).

Con este recorrido por los diversos elementos que integraban –o habían de integrar– la formación del navegante, Martín Cortés había hecho una propuesta de enseñanza del arte de navegar: había aplicado los avances “científicos” de su tiempo y los había expuesto haciendo servir todos los recursos de un hombre humanista. Incluso con el índice de “nombres de los autores y autoridades que se alegan en esta obra” (XCIII v-XCV v) y la “*Tabla de la presente obra, no menos copiosa que necesaria en la qual podrá el prudente lector hallar materias delicadas y subtiles dignas de ser sabidas y provechosas y sabrosas para ser leydas*”, Cortés había hecho gala de su clara voluntad didáctica, acorde pues con el espíritu renacentista. E incluso, en la epístola final de su tratado, dirigida al valenciano Joan Parent –seguramente un experto navegante o comerciante amigo de Cortés–, muestra su espíritu de rigurosidad: de hecho, en aquel texto puede verse cómo Cortés había sometido su compendio a la supervisión de Parent, “quien tanto sabe de navegación y tanta experiencia ha tenido d’ella” (XCIII v), siempre a la búsqueda de la mayor certeza en su escrito. Un trabajo que, si bien descansa en su

mayor parte en la experiencia propia de Cortés, no es menos cierto que tuvo en cuenta buena parte de la literatura que sobre el particular se había publicado o corría todavía manuscrita, como lo prueba la lista de “nombres de los autores y autoridades que se alegan” (XCIII v).

3. La nueva Edad de Oro: el César Carlos, rey universal

La figura del emperador Carlos V despertó entre los intelectuales del siglo XVI una clara admiración y, en muchos casos, una adhesión incondicional al proyecto de “imperio universal” que aquel heredero de las posesiones de Castilla, Aragón y la casa de Borgoña había encarnado.⁹ Parece ser que el mismo emperador, en el capítulo barcelonés de la Orden del Toisón, se encargó de dar aquella apariencia de *nueva* Edad de Oro.¹⁰ No es extraño que este proyecto áulico hubiese calado –aunque con desigual profundidad– en todos los reinos y rincones del imperio hispano-germano. De hecho, un cronista como el valenciano Pere Antoni Beuter, al publicar, en 1546 su *Primera parte de la Corónica general de toda España* –en realidad una adaptación, ampliada y traducida al castellano, de su obra anterior en su lengua materna, publicada en 1538–, si se declara partidario de una sola lengua para el conjunto hispánico es porque participa de aquel proyecto cesáreo que encarnaba el rey Carlos (Escartí 1998, 13-15). Y lo mismo podemos detectar en otro historiógrafo valenciano, Rafael Martí de Viciano, el cual también realizó el cambio lingüístico, antes incluso de dar sus papeles a la imprenta (Ferrando). Quiero decir con ello que muchos de los intelectuales de la monarquía hispánica, y los de la Corona de Aragón no serán una excepción, en gran medida concebirán sus escritos, muchas veces, al servicio de esta ideología (Escartí 2003b). Martín Cortés, de hecho, además de creer en la idea de progreso, que viene representada por los avances científicos en materia de navegación (López Piñero 1979b, 159), concebirá sus investigaciones al servicio de una monarquía cada vez más poderosa. Lo explicita a la perfección en sus páginas proemiales (II r-III v), dedicadas precisamente a Carlos I y bajo la fórmula de una epístola dedicatoria:

⁹ Es amplísima la bibliografía que se ha ocupado de la construcción de aquel imperio, y excede con mucho el propósito de esta nota. Sobre el César Carlos, aún sigue siendo útil la consulta de Brandi, Linch, Elliott y Kamen.

¹⁰ En este sentido, conviene recordar las palabras de Domínguez Casas: “Carlos utilizó el Capítulo barcelonés del Toisón de Oro conforme a la tradición borgoñona, como un instrumento de integración de sus variadas posesiones. Mediante un ceremonial que sumergía a los asistentes en un ambiente mágico de destellos dorados, ropajes suntuosos y música sacra, le fue posible arrancar un juramento de fidelidad a la élite de unos territorios cada vez más extensos y diversos. La puesta en escena recreaba el ideal de unidad política expresado en el mito del Rey Arturo y la Tabla Redonda, anunciando una nueva edad dorada en la cual el Soberano y los caballeros del Toisón asegurarían la cohesión política que iba a traer la prosperidad a sus súbditos. Fue también el instrumento diplomático que le sirvió para sellar las alianzas con cuatro monarcas europeos, marcando el punto de partida al renacer de la idea medieval del Imperio Universal Cristiano, que tan presente estará en la Corte de Carlos V” (204).

En tanta estima fueron acerca de los antiguos los inventores de algunas artes, como trae Augustino en los libros *De la ciudad de Dios*, que no por hombres los tuvieron mas como dioses los honrraron. Isis, aportando en Egipto ordenó las respúblicas con justas moderaciones y dióles noticias de las letras y el uso del lino, por cuya ocasión fue venerada de los que la conocieron y reverenciada de los que despues d'ella vinieron, estableciendo pena capital contra qualquier que burlando o de veras affirmasse que fue muger terrena y no diosa divina. Ceres, siendo de ingenio bivo y entendimiento claro, considerando en los sículos semejança humana en lo exterior y ferocidad de brutos en lo interior, puso freno en sus costumbres y reformólos con nuevos statutos mostrándoles a domar y uñir los bueyes, sembrar pan y aprovecharse d'ello, moliéndolo en el molino, amasándolo en casa y coziéndolo en el horno. En recompensa de lo qual le hizieron sacrificios y fundaron sumptuosos templos. Viniendo Saturno de Creta, dio leyes a los latinos con que se rijesen y mostróles maneras con que biviessen, enseñándoles labrar y sembrar la tierra y coger los frutos después de maduros y sazonados. E si Saturno a aquellas gentes fue útil, ellos a él no fueron ingratos: edificáronle aras, celebráronle fiestas y aún lo colocaron en el número de los celestiales intitulándole “padre de los dioses”. Eran estos siglos tan tenidos en mucho y juzgados por tan próperos por aver tenido rey tan valeroso, legislador tan justo y señor tan provechoso que por boca de todos se llamaron “siglos dorados” y “reynos de Saturno”.

La referencia a un pasado remoto, tan de moda en el momento, daba a todo un barniz de elegancia clásica que bien podía ser del agrado del emperador y de los lectores coetáneos de Cortés. Pero para nuestro autor, aquello que más interés tenía era el tiempo presente, el suyo: el tiempo en que gobierna el mundo el César Carlos, dando paz y seguridad a las gentes. Por ello, Cortés prosigue así:

Por cierto, si no me engaño, estos nuestros tiempos no son inferiores de aquellos, y sabemos sin dubda vuestra magestad aver sido más útil a España que Saturno a los latinos, y ser más excelente legislador quasi a toda Europa y tierra descubierta o mundo nuevo que aquél que lo fue a un rincencillo de Ytalia. De aquí colijo no ser pequeña alabança a vuestra magestad la felicidad de vuestros tiempos: en ellos se procura desterrar los vicios y honrarse las virtudes, castigarse los delinquentes y favorecerse los inocentes. Los quietos biven recogidos y los inquietos y scandalosos perseguidos; los buenos enxalçados y los malos punidos y castigados. Por aver sembrado vuestra magestad tanta justicia en sus reynos, los caminantes de noche van seguros y sabemos de otras provincias que de día caminan con peligros.

La paz y el bienestar han traído, también, el progreso que tanto gusta a Martín Cortés, y así se lo hace notar en un ditirábico pasaje, que resalta la figura del emperador, que casi se iguala con los dioses de la Antigüedad, a la par que parece el motor de las novedades y los avances en casi cualquier campo:

En vuestros felicísimos tiempos parece que España se ha renovado y en todas las artes mecanichas se ha pulido y mejorado; ha florecido en letras y hase encumbrado en armas, y aquella que d'ellas carecía, de las sobras puede prestar a sus vezinos, y porque a la magestad imperial para bien regir no basta leyes ordenar si le faltan armas para defender y castigar, quién como vuestra magestad tiene lo uno y no le falta lo otro, aviendo triumphado de reyes y reinos, estendiendo el nombre de España por tierras ignotas y bárbaras? Mayor deuda os deven vuestros súbditos que nos los egiptios a Isis y los sicilianos a Ceres y los pueblos latinos a Saturno, pues de vuestra magestad han recebido más comunes y provechosos beneficios. Pocos días ha que vuestra magestad desusó el uso de las mulas, y las armas tan desusadas las bolvió a nuevo y tan provechoso uso: de lo uno y de lo otro fueron no livianamente aprovechados vuestros reynos, porque quitando las mulas a multiplicado el número de los cavallos y los que no osavan ni sabían subir encima, los saben diestramente mandar, así que han resussitado los tiempos de Berolofonte, hijo del rey Glauco, y se han renovado los de Saturno, dónde los hombres primero supieron domar cavallos y hazerlos y criarlos, y somos ciertos que con tal loable pragmática en vuestros reinos, ni faltarán cavallos ni cavalleros para en corte y para en campo. ¿Quién sabía ceñirse espada antes que vuestra magestad permitiesse en sus cortes con cierto additamento que todos pudiessen traer armas? Faltava destreza y sobrava corazón. Allende el provecho quán honroso fue y es manifiesto lo Francisco, rey de Francia, cuando –preso en el porqué de Pavía– le truxeron a Madrid en el años de 1525, el qual viendo mancebos de pocos días y aún de pocas barbas, y cargados de armas, dixo: ¡O bien aventurada España que pares y crías los hombres armados! En vuestros felissísimos días el culto divino se ha ampliado y quasi toda España de edificio se ha mejorado y con tesoro se ha enriquecido, pues se han traýdo tanto de las Índias que parece que sobrepujamos a el tiempo de Salomón, quando le traýan el oro de Ophir.

La conclusión a la cual llega Martín Cortés es la de aquél que vive feliz en el mundo que le envuelve, aquél que se mira progresar en un momento de euforia política, cultural y social como debió ser, en buena parte, el momento inmediatamente posterior al descubrimiento de América y al inicio de su conquista. Especialmente, si tenemos en cuenta que Cortés vivía en Andalucía, la cabeza de puente del Imperio hispánico hacia el Nuevo Mundo que prometía riqueza y era objetivo de los sueños de buena parte de la población de Castilla. Pero eso, Cortés, en un ejercicio destacable de hiperbolización,

acaba su epístola proemial con las siguientes palabras:

Y digo que más a propósito consideradas las armadas de oro y plata que a vuestra magestad traen tan ordinarias, le convenía a este tiempo o siglo llamarle Era Dorada que no a la de Saturno. No es de callar que con vuestros prósperos auspicios se ayan descubierto tierras y islas tan ignotas que jamás cosmógraphos, geógraphos ni hystoriadores supieron d'ellas ni oyeron sus nombres y los vuestros los tienen holladas y medidas a pasos. ¿Quien antes de agora oyó dezir o mentar la provincia del Perú o oyó que oviesse estrecho de Magallanes o río de la Plata? No parecía poco aver hecho los pasados, cuando tovieron noticia de las islas Fortunadas –así se llamaron antes las islas de Canaria–, que'l rey Católico, abuelo de vuestra magestad conquistó. E si es y ha sido mucho descubrir y ganar este Nuevo Mundo, no menos gloria se deve por aver tenido vuestra magestad especial cuidado de embiar censores que rijan, predicadores que doctrinen, reduziendo los indios al culto del verdadero Dios.

En esa *Edad Dorada* a la cual se refiere Martín Cortés, él mismo también tiene un lugar destacado, que se sobredimensiona por medio de sus propias palabras y que no deja de recordarle oportunamente al monarca: “Digo aver sido yo el primero que reduxo la navegación a breve compendio, poniendo principios infalibles y demostraciones evidentes, escribiendo práctica y theórica d'ella” (III v).

Aunque añade, unas líneas más abajo, que todo lo que él ha hecho, ha sido gracias a Dios y para mayor gloria del emperador, convertido, así, en monarca universal:

Nunca plega a Dios que lo que digo sea jactancia o presunción, porque si algo bueno o nuevo tengo escrito o hallado, ha sido de arriba y ayudándome la Divina mano, con el auspicio y próspera fortuna de vuestra magestad: y así verán los vivos y entenderán los que nos sucedieren quanto más deve el mundo a vuestra magestad que Egipto a su Isis [...] la utilidad que de aquí resulta es para todo el universo, para todas las provincias, para todos los mares, para yr a lo descubierto y para descubrir lo encubierto. (III v–III r)

Con esto, el mundo conocido, el recién descubierto –América– y el que aún era desconocido, quedaban sometidos teóricamente al poder del emperador Carlos V, pues gracias a él el orbe entero sería familiar a los navegantes y los descubridores: era la nueva Edad Dorada. Con palabras como aquellas, Martín Cortés buscaba la más alta protección para su obra. Un favor que también reclamó de Álvaro de Bazán, capitán general de la armada del emperador y miembro del Consejo, al cual también dedica el libro y, en especial, el prólogo donde repite, más o menos, argumentos como los aquí expuestos (VI v–VIII v). Aquel noble valenciano y el mismísimo emperador eran, así, los garantes de sus escritos. Un trabajo que se puede inscribir en aquel mundo un tanto eufórico y

optimista que representó el siglo XVI en cuanto a los avances científicos. Y también optimista, porque se inscribía en aquel proyecto de monarquía universal que estaba, sin embargo, claramente abocada al fracaso, aunque, a pesar de todo, contó con numerosos apologistas y seguidores.

Obras citadas

- Brandi, Karl. *Carlos V. Vida y fortuna de una personalidad y de un imperio mundial*. Buenos Aires: Juventud, 1943.
- Bueno, Gustavo. "La Teoría de la Esfera y el Descubrimiento de América." *El Basilisco* 1 (2ª época) (1989): 3-32.
- Cortés, Martín. Ed. Mariano Cuesta Domingo. *Breve compendio de la Sphera*. Madrid: Museo Naval, 1991.
- . Intro. S. García Franco & J. F. Guillén Tato. *Breve compendio de la sphaera y de la arte de navegar con nuevos instrumentos y reglas exemplificado con muy subtiles demostraciones*. Ed. facsímil. Zaragoza: Diputación, 1945.
- . *Breve compendio de la sphaera y de la arte de navegar con nuevos instrumentos y reglas exemplificado con muy subtiles demostraciones*. Edición facsímil. Valencia: Vicent García Editores, 1997.
- Dominguez Casas, Rafael. "Arte y simbología en el capítulo barcelonés de la Orden del Toisón de Oro (1519)." *Liber amicorum Raphaël de Smedt. 2, Artium historia*. Leuven: Peeters, 2001. 173-204.
- Elliot, John H. *La España Imperial (1469-1716)*. Barcelona: Círculo de Lectores, 1996.
- Escartí, Vicent Josep. "Estudi introductorio." *Primera part de la Història de València*. Valencia: Universitat de València, 1998. 7-32.
- . "Un mundo para el César Carlos. Unos apuntes a propósito del *Breve compendio de la Sphera*, de Martín Cortés (Sevilla, 1545)." *Bibliofilia antigua* 4 (2003a): 87-99.
- . "Intencionalitats polítiques en les cròniques de Pere Antoni Beuter i de Rafael Martí de Viciàna." *Miscel·lània Homenatge a Rafael Martí de Viciàna en el V Centenari del seu naixement, 1502-2002*. Valencia: Ajuntament de Borriana, Biblioteca Valenciana, 2003b. 205-18.
- Ferrando, Antoni. "De la tardor medieval al Renaixement: aspectes d'una gran mutació sociolingüística i cultural a través dels Viciàna." *Caplletra* 34 (2003): 31-53.
- González González, Francisco José: *Astronomía y navegación en España. Siglos XVI-XVIII*. Madrid: Mapfre, 1992. 74-78.
- . "Martín Cortés de Albácar, Cádiz y el *Breve compendio de la Sphera y de la arte de navegar* (1551)." *Gades* 22 (1997): 311-26.
- Kamen, Henry. *Imperio. La formación de España como potencia mundial*. Madrid: Aguilar, 2003.
- Lynch, John. *Los Austrias (1516-1598)*. Barcelona: Crítica, 1992.
- López Piñero, José María. *El arte de navegar en la España del Renacimiento*. Barcelona: Labor, 1979a.
- . *Ciencia y técnica en la sociedad española de los siglos XVI y XVII*. Barcelona: Labor, 1979b.
- López Piñero, José María, et al. *Diccionario histórico de la ciencia moderna en España*.

- 2 vols. Barcelona: Península, 1983.
- VV.AA. *Los inicios de la cartografía científica: la imagen del mundo en los mapas de los siglos XVI y XVII de la Universidad de Granada*. Granada: Universidad de Granada, 2006.
- Medina, Pedro de. *Arte de navegar en que se contienen todas las reglas, declaraciones, secretos y avisos que a la buena navegación son necesarios y se deven saber*. Valladolid: Fernando Fernández de Córdoba, 1545.
- Palau y Dulcet, M. *Manual del librero hispanoamericano*. Barcelona, 1951. IV, 147-48.
- Sandman, Alison. "Mirroring the World. Sea Charts, Navigation, and Territorial Claims in Sixteenth-Century Spain." Eds. Pamela H. Smith & Paula Findlen. *Merchants and Marvels: Commerce, Science, and Art in Early Modern Europe*. New York: Routledge, 2002. 83-108
- Smith, Pamela. "'Art' is to 'Science' as 'Renaissance' is to 'Scientific Revolution'?" The problematic algorithm of writing a history of the modern world." Eds. James Elkins & Robert Williams. *New Directions in Renaissance Art History*. New York: Routledge, 2008. 427-45.
- Thomas, Hugh. *El Imperio español. De Colón a Magallanes*. Barcelona: Planeta, 2003.
- Toscano Liria, Nicolás. "La teoría de la navegación en el siglo XVI y la 'carrera de Indias.'" Ed. José María Padilla. *Encuentro internacional de académicos de la lengua española: del 16 al 22 de enero de 1994, Foro Iberoamericano de La Rábida (Huelva)*. Valencia. Huelva: Diputación Provincial, 1995. 185-92.
- Vas Mingo, Marta Milagros, & Concepción Navarro Azcue. "El riesgo del transporte marítimo en el siglo XVI." *Congreso de Historia del Descubrimiento (1492-1556). Actas*. Madrid: Real Academia de la Historia, 1992. III, 579-614.
- Verlinden, Charles, & Florentino Pérez-Embid. *Cristóbal Colón y el descubrimiento de América*. Madrid: Rialp, 2006.